

V

DON QUIJOTE Y UN CANÓNIGO

Don Quijote creía de buena fe que iba encantado en el carro de bueyes donde la tontería del Barbero y del Cura de su pueblo lo encerraron. Aquí, asistimos a una de las luchas que don Quijote sostuvo con lo que él pudiera llamar muy bien «el error». Don Quijote, en su paseo por las realidades del mundo de los hombres, es una cosa quimérica, que se abre camino entre fantasías, y, por lo tanto, fácilmente engañable por todo el que se lo proponga. No olvidemos que el don Quijote más palmario del libro de Cervantes no nos ofrece la visión completa de su personalidad, y que es de ahí de donde tenemos que obtener, siquiera sea todavía entre sombras, el Quijote verdadero que aletea en lo alto. A mí no me extraña nada que don Quijote explique «por vía de encantamiento» todos los choques con una realidad distinta a la suya. Y menos me extraña su candidez cuando cree las mentecateces de Sancho o las historias de todas las princesas Micomiconas. Sabemos que don Quijote no se ha adueñado de la realidad nuestra, y es muy natural que frente a ella sus actos nos parezcan a veces actos de imbécil. Pero lo inmenso de don Quijote consiste en que sus locuras nos abren como las puertas de un hermoso recinto, donde nosotros no podemos penetrar sino por intuición, y cuya presencia ante nuestros ojos hace que hablemos de sublimidad y de genialidades quijotescas.

Ahora nuestro «sublime genio» va en un carro de bueyes, creyéndose encantado por un sabio malévolo. La casualidad hace que un canónigo se ponga al habla con don Quijote. Este canónigo tiene comenzada una historia caballerescas, ha leído por lo menos tantos libros de caballerías como don Quijote, y es muy versado en toda clase de especulaciones que tengan por origen un libro y una meditación amplia. A este hombre las lecturas no le han vuelto loco como a don Quijote ni le han hecho percibir los extensos horizontes que a don Quijote. Lógicamente, podemos llamarlo mentecato. Don Quijote seguramente lo llamó así para sus adentros. Yo no he leído, ni pienso leer nunca, un libro de caballerías. Creo no deben leer estos libros sino quienes estén dispuestos a salir al campo buscando aventuras andantescas. Quienes, en una palabra, quieran ser Quijotes. Pero ya sabemos que no todos los lectores de libros de caballerías se han vuelto locos, y yo añadiría: no han podido volverse locos. De modo que si Cervantes se propuso con su libro satirizar a los lectores de historias caballerescas, lo consiguió por dos caminos: Uno, el de su Quijote superficial, hombre loco y bastante imbécil; otro, el que se transparenta a través del encuentro de un gran Quijote, hombre inmenso, y sobre todo, cosa única. Si la única virtud de los libros de caballerías es producir hombres inmensos como don Quijote, y estamos convencidos de que don Quijote fue, es y será único, se agotaron ya sus posibilidades de producir «genios». Esto lo digo para librar a mi conciencia de un temor. Este temor consiste en que puede existir algún aspirante a genio que al ver cómo ponemos a don Quijote por las nubes, llamándolo «genio sublime» y haciendo honroso el sustantivo quijotismo, se dé a leer libros de caballerías y a querer volverse loco. Por eso digo y redigo que don Quijote fue, es y será único, sin que sea posible que sobre la faz de la tierra aparezca nadie que reúna íntegramente todas sus cualidades. Don Quijote en esto se parece a Jesucristo, pues muy difícil es que éste haga otra visita a los terrenales, aunque bien es verdad que hace

mucha falta, siquiera sea para apostrofar a los que lo han explotado tan inicualemente. Medio en serio, medio en broma, me decía el otro día un amigo que las luchas comunistas recrudecidas estos años no significan otra cosa que la vuelta del cristianismo por sus fueros. Yo me sonreí, no le contesté y me puse a leer «La revolte des anges», del bueno de Anatole France, que ha muerto en estos días. Pero vayamos a nuestros fueros del literato que escribe un libro sobre el Quijote: El canónigo y don Quijote conversan.

El canónigo cree loco a don Quijote, y éste cree al canónigo un pobre hombre cuerdo. Es muy interesante la conversación que sostienen. El canónigo comienza diciendo que le parece mentira que un hombre de tan gran entendimiento como él crea que son verdad las historias caballerescas. Don Quijote defiende lo contrario. Ambos forcejean un buen rato, y nadie logra convencer a nadie. Difícil puede ser que se convenzan uno a otro, porque las palabras de don Quijote no llegan al canónigo, y las aseveraciones del canónigo no llegan a don Quijote. Hasta hablando de los mismos héroes, cada uno los ve de su manera.

No puede negar el canónigo la existencia de un Viriato, de un César, de un Cid, de un Diego García de Paredes, de un Gran Capitán. Don Quijote ve a estos personajes sólo en sus analogías con Amadís o con Felixmarte de Hircania. El canónigo los ve según la historia, y ésta es para don Quijote un muy mediocre libro de caballerías.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Quijote_009